

CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD

san Máximo el Confesor

Tercera centuria

1. El empleo racional de los pensamientos y de las cosas produce la sabiduría, la caridad y el conocimiento. El irracional, en cambio, la intemperancia, el odio y la ignorancia.
2. "Preparaste ante mí una mesa" (S. 22,5). Mesa significa aquí la virtud activa, la que Cristo preparó para nosotros contra los que nos oprimen. El aceite que unge el espíritu es la contemplación de las creaturas. El cáliz de Dios es el conocimiento de Dios. Su misericordia es la Palabra de Dios que es Dios, pues ella, habiéndose encarnado, nos busca todos los días hasta alcanzar a todos los que se salvan, como le sucedió a San Pablo. La casa es el Reino a donde todos los santos serán conducidos. Y la longitud de los días es la vida eterna.
3. En la medida que usemos mal las potencias del alma, esto es, la parte concupiscible, la parte irascible y la parte racional, los males nos sobrevendrán. El abuso de la parte racional trae la ignorancia y la estupidez, y el de la parte irascible y concupiscible, el odio y la intemperancia. En cambio su buen uso produce conocimiento, prudencia, caridad y sabiduría. En consecuencia, nada de lo que ha sido creado por Dios es malo.
4. No son malos los alimentos sino la gula; ni es mala la procreación de hijos sino la lujuria; ni el dinero, sino la avaricia; ni la gloria, sino la vanagloria. Siendo esto así, nada hay malo en las cosas sino en su abuso, el cual proviene de la negligencia del espíritu para cultivarlas según su naturaleza.
5. La malicia de los demonios consiste, según san Dionisio, en una ira irracional, en un deseo sin inteligencia y en una fantasía sin control. Pero la sinrazón, la falta de inteligencia y el descontrol del pensamiento es una privación de razón, de inteligencia y de prudencia. Ahora bien, puesto que las privaciones de los hábitos son posteriores a éstos, antes de sufrir estas privaciones tenían razón, inteligencia y prudencia. Por esto ni siquiera los demonios son malos por su propia naturaleza, sino que ellos se hicieron malos por el mal uso de sus facultades naturales.
6. Ciertas pasiones producen la intemperancia, otras el odio. Otras, juntamente la intemperancia y el odio.
7. El comer mucho y muy exquisitamente lleva a la intemperancia. La avaricia y la vanagloria conducen a odiar al prójimo. El egoísmo, madre de todos los defectos, los causa a ambos.

8. El egoísmo es un amor apasionado e irracional por el cuerpo. Sus contrarios son la caridad y el dominio de uno mismo. Evidentemente, tener este egoísmo es tener todas las pasiones.
9. "Nadie ha odiado jamás a su propia carne" (Ef. 5,29), dice el Apóstol, sin embargo "la trata duramente y la reduce a servidumbre" (1 Cor 9,27) no concediéndole sino alimento y vestido en la medida en que son necesarios para vivir. Así se lo ama, pero sin pasión, se lo alimenta como a un servidor de las cosas divinas, y se procede a su indignidad con sólo aquello que necesita.
10. Uno trata de servir en todo a aquel que ama. Si uno ama a Dios, se esfuerza por hacer todo lo que a El le place; si ama a la carne, hará todo lo que le agrada a ésta.
11. Lo que le agrada a Dios es la caridad y la temperancia, la contemplación y la oración. Lo que le agrada a la carne es la gula y la intemperancia, y todo lo que las estimula. Por eso "los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (Rom 8,8), y "los que son de Cristo Jesús crucificaron a la carne con las pasiones y las concupiscencias" (Gal 5,24).
12. El espíritu que se vuelve a Dios trata a su cuerpo como a un siervo y no le da sino lo que necesita para vivir; el que se vuelve a la carne se hace esclavo de sus vicios y procura satisfacer sus deseos.
13. Si quieres ser dueño de tus pensamientos vigila las pasiones y arrójalas presuntamente de tu espíritu lejos de tus pensamientos. Así, contra la lujuria ayuna, vela, trabaja y vive en soledad; contra la ira y la tristeza desprecia la gloria y la deshonra y las cosas materiales; contra el rencor ora por el que te ofendió y serás liberado.
14. No seas como los hombres más débiles, sino esfuerzate para practicar el precepto de la caridad. Si eres como ellos caerás en el abismo de la presunción, pero si te esfuerzas caminarás hacia la cumbre de la humildad.
15. Si pretendes observar perfectamente el mandamiento del amor al prójimo ¿por qué tienes esta amarga tristeza contra tal o cual? ¿no es acaso evidente que prefieres los bienes efímeros a la caridad, y que luchas contra tu hermano para conseguirlos?
16. El oro es codiciado por los hombres no tanto porque lo necesiten sino porque lo usan para servir a sus placeres.
17. Tres son las causas por las que se aman las riquezas: el amor a los placeres, la vanagloria y la falta de fe. La más grave de las tres es la falta de fe.
18. El que ama los placeres quiere el dinero porque le sirve para poder vivir voluptuosamente; el vanidoso también porque con él consigue la gloria; el falto de fe lo quiere para ocultarlo y guardarlo por temor al hambre, a la vejez, a la enfermedad, al exilio. El pone su esperanza en el dinero más que en Dios, que es autor de todas las cosas y cuya providencia alcanza al último, y más

pequeño de los vivientes.

19. Hay cuatro clases de hombres que buscan las riquezas, los tres que dijimos y los administradores de bienes. Sólo estos últimos lo hacen legítimamente porque deben estar siempre en condición de satisfacer las necesidades de cada uno.
20. Todos los pensamientos cargados de pasión, o excitan la parte concupiscible del alma, o conturban la parte irascible, u oscurecen la razón. En consecuencia ciegan el espíritu para la contemplación espiritual y para el vuelo de la oración. Por eso el monje, y sobre todo el solitario, debe estar atento a esta clase de pensamientos para descubrir sus causas y destruirlas. El las descubre del siguiente modo: Cuando sucede que el recuerdo apasionado de alguna mujer excita la parte concupiscible, la causa de esto es la intemperancia en el comer y beber y la frecuentación innecesaria de mujeres. Se suprime esta causa por medio del hambre, de la sed, de las vigiliias y de la soledad. Cuando la parte irascible es conturbada por el recuerdo de ofensas recibidas, la causa de esto es el amor al placer y a la vanagloria y el gusto por las cosas materiales, pues lo que aflige al hombre apasionado es el carácter de ellas o el no poder alcanzarlas. Se suprime esta causa con el desprecio de estas cosas o su desestima más completa por amor de Dios.
21. Dios se conoce a sí mismo y conoce todas las cosas que hizo. Los santos ángeles también conocen a Dios y las cosas creadas por Dios. Pero los santos ángeles no conocen a Dios y a las creaturas como Dios se conoce a sí mismo y a lo que ha creado.
22. Dios se conoce a sí mismo en su misma esencia bienaventurada, y conoce las creaturas en su propia sabiduría, por la cual y en la cual hizo todo. Pero los santos ángeles conocen a Dios por participación, a El que está por encima de toda participación, y conocen las creaturas percibiendo en ellas sus ideas.
23. Las creaturas son exteriores al espíritu. Este sólo tiene en su interior una representación de ellas. Pero con Dios sucede de un modo diverso, pues El es el Eterno, el Invisible, el que concede a todas las cosas el ser, el ser buenas y el ser siempre.
24. El ser racional y espiritual participa del Dios santo por su mismo ser, y por su aptitud para ser bueno (es decir, por su aptitud a la bondad y a la sabiduría). Por gracia participa de su ser siempre. Es por esta participación que conoce a Dios. Pero él conoce las creaturas, lo repito, percibiendo la sabiduría eficiente que contempla en las creaturas y que se encuentra en estado puro, y no bajo forma de sustancia, en el espíritu.
25. Cuando Dios le da existencia a la creatura racional y espiritual, le comunica bondadosamente las cuatro propiedades divinas por las que El guarda y conserva los seres: el ser, el ser siempre, la bondad y la sabiduría. Dos de éstas pertenecen a la esencia. Las otras dos, la bondad y la sabiduría, dependen de la voluntad, para que lo que El es por esencia, lo pueda ser la creatura por participación. Por esto se dice que la creatura es hecha a imagen y semejanza de Dios. A imagen, porque "es" como El "es", y "es siempre" como El "es

siempre”, pues aunque tenga principio no tiene fin. A semejanza porque por gracia es buena y sabia como El es bueno y sabio por naturaleza. Así toda creatura racional es imagen de Dios, pero sólo tienen su semejanza los buenos y sabios.

26. La totalidad de los seres racionales y espirituales se divide en dos órdenes: la naturaleza angélica y la naturaleza humana. A su vez toda la naturaleza angélica se divide en dos partes o dos grandes grupos: los santos y los malos, o sea los ángeles santos y los demonios impuros. También toda la naturaleza humana se divide en dos partes o grandes grupos: los piadosos y los impíos.
27. Dios, que es el Ser mismo, la Bondad misma, la sabiduría misma, o mejor dicho, Aquel que está sobre todas estas cosas, no tiene cualidades contrarias. En cambio las creaturas que no tienen el ser sino por una participación recibida gratuitamente (y entre ellas incluyo a los seres racionales e inteligentes, capaces de bondad y sabiduría), ellas sí tienen cualidades contrarias. Junto al ser tienen el no-ser, junto a la capacidad de bondad y sabiduría, la maldad y la ignorancia. Que las creaturas siempre existan o no existan depende del arbitrio del que las hizo. En cambio, para los seres racionales, el participar o no de la Bondad y de la Sabiduría depende de la voluntad de ellos.
28. Los griegos dicen que la esencia de las cosas coexiste eternamente con Dios, y que de El sólo reciben las cualidades. Por eso no habría cualidades contrarias en las esencias sino sólo en las cualidades. Nosotros decimos que solamente la esencia divina no tiene cualidades contrarias puesto que es eterna, infinita, y ella da a las otras la duración sin término. La esencia de los seres implica su contrario: el no-ser. Y depende del arbitrio del Ser el que ésta exista o no exista, aunque sus dones sean sin arrepentimiento. Por eso siempre dependerá del Todopoderoso que la conserva, aunque, como se dijo, tenga en sí su contrario, el no-ser (pues ella ha sido llamada del no-ser al ser), y esté en la voluntad de Dios el que sea o no sea.
29. Así como el mal es la privación del bien, y la ignorancia la privación del conocimiento, así el no-ser es la privación del ser, pero no la privación del Ser por excelencia, sino del ser que participa del Ser por excelencia. Las primeras privaciones dependen de la voluntad de las creaturas, pero la privación del ser, de la voluntad del creador. Este, en su bondad, siempre quiere que los seres existan y que siempre reciban sus dones.
30. Entre las creaturas algunas son racionales y espirituales, y pueden admitir cualidades contrarias: virtud y vicio, ciencia e ignorancia. Otras son cuerpos compuestos de elementos contrarios: tierra, aire, fuego y agua. Las primeras son totalmente incorpóreas e inmateriales, aunque algunas de ellas esté unida a un cuerpo; las segundas, en cambio, están constituidas sólo de materia y forma.
31. Por su naturaleza todos los cuerpos son inmóviles. Si se mueven es por virtud del alma, la cual es racional en algunos, irracional en otros, e insensible en otros.

32. Las potencias del alma se ordenan; la primera a la nutrición y al desarrollo, la segunda a la imaginación y a los apetitos, la tercera a la razón y la inteligencia. Los vegetales tienen sólo la primera; los animales irracionales, la segunda; los hombres tienen la tercera junto con las otras dos. Las dos primeras potencias son corruptibles, pero la tercera es incorruptible e inmortal.
33. Los santos ángeles se comunican mutuamente la iluminación, y participan a los hombres de su virtud o de su conocimiento. De su virtud, pues imitando a Dios, miran por el bien de ellos mismos, de los otros ángeles y de los seres inferiores tratando que se hagan deiformes. Participan de su conocimiento descubriendo algún aspecto altísimo de Dios, "pues tú, Señor —dice la Escritura— eres excelso por los siglos" (S. 91,19), o haciendo que sea más profundo nuestro conocimiento de las cosas corporales, o algo más exacto el conocimiento de las cosas incorpóreas, o algo más penetrante el de la Providencia, o algo más claro el del juicio divino.
34. La impureza del espíritu consiste, en primer lugar, en tener un falso conocimiento. En segundo lugar, en ignorar algo de los universales (hablo del espíritu humano, pues el angélico no puede ignorar ni aun lo singular). El tercer lugar, en tener pensamientos cargados de pasión. En cuarto lugar, en consentir al pecado.
35. La impureza del alma consiste en no obrar siguiendo la naturaleza, pues de ahí nacen en el espíritu los pensamientos cargados de pasión. Ella obra siguiendo su naturaleza cuando sus potencias, es decir, la parte irascible y la concupiscible permanecen en paz ante las realidades o sus representaciones.
36. La impureza del cuerpo consiste en cometer el pecado.
37. Ama la vida de soledad quien no siente pasión alguna por las cosas del mundo. Ama a todos los hombres quien no ama nada de los hombres. Tiene el conocimiento de Dios y de las cosas divinas quien no se escandaliza de nadie, ni por sus faltas, ni por pensamientos que nacen de suposiciones.
38. Es algo grande no tener pasión en presencia de las realidades, pero es más aún el permanecer sin pasión frente a las realidades y a sus representaciones.
39. La caridad y el dominio de sí mismo mantienen al espíritu sin pasión frente a las realidades y a sus representaciones.
40. El espíritu que ama a Dios no combate las realidades ni sus representaciones sino las pasiones que se ligan a estas representaciones. Así no ataca a la mujer, ni al que lo ha entristecido, ni tampoco a sus imágenes, sino a las pasiones ligadas a sus imágenes.
41. Todo el combate del monje contra el demonio consiste en separar las pasiones de las representaciones. De otro modo no puede mirar las cosas sin pasión.
42. No es lo mismo una realidad que su representación o que la pasión. Así un hombre, una mujer, el dinero, etc. son realidades; el simple recuerdo de es-

tas es una representación; un afecto irracional o un odio ciego por éstas es una pasión. Ahora bien, lo que combate el monje es la pasión.

43. Una representación cargada de pasión es un pensamiento compuesto de una pasión y una representación. Si apartamos la pasión de la representación sólo queda el pensamiento simple. Y la apartamos si queremos, gracias a la caridad espiritual y al dominio de uno mismo.
44. Las virtudes apartan al espíritu de las pasiones; la contemplación espiritual, de los pensamientos simples; y la oración pura lo pone finalmente frente a Dios.
45. Las virtudes se ordenan al conocimiento de las creaturas; este conocimiento se ordena al sujeto que conoce; y éste se ordena a Aquel que es conocido en la ignorancia y que conoce más que todo conocimiento.
46. Dios, la plenitud absoluta, no trajo las creaturas a la existencia porque lo necesitara. Lo hizo para que ellas fueran felices participando de El, y para alegrarse en su obra viéndolas felices al saciarse siempre insaciablemente de su naturaleza inagotable.
47. Hay en el mundo pobres de espíritu, pero no como deben serlo; muchos afligidos, pero por haber perdido su fortuna o sus hijos, muchos mansos, pero por ceder a sus pasiones impuras; muchos que sufren hambre y sed, pero de los bienes ajenos y de las ganancias injustas; muchos que tienen misericordia, pero de su cuerpo y de lo que a éste le gusta; puros de corazón pero ávidos de gloria vana; pacíficos porque han sometido el alma a la carne; muchos perseguidos, pero por su indisciplina; muchos injuriados pero a causa de pecados vergonzosos. Pero solamente son felices los que hacen o padecen esto por Cristo y según Cristo. ¿Por qué? porque de ellos es el Reino de los Cielos, "porque verán a Dios", etc. Luego son felices, no porque hagan esto o padezcan aquello puesto que los que antes mencioné lo hacían y padezcan, sino porque lo hacen y padecen por Cristo y siguiendo a Cristo.
48. En todo lo que hacemos, lo que le interesa a Dios —ya lo he dicho a menudo— es el fin que nos mueve, es decir, si obramos por El o por otro motivo. Por eso, cuando querramos obrar bien no lo hagamos por los hombres sino tengamos a Dios por fin. Mirémoslo siempre a El y hagamos todo por El, no sea que tengamos que soportar la pena sin recibir el salario.
49. En el tiempo de la oración arroja de ti hasta las representaciones simples de las cosas humanas y las imágenes de todas las creaturas, no sea que tu imaginación se ocupe de las cosas inferiores y pierdas a Aquel que es incomparablemente superior a todas las cosas.
50. Si amamos a Dios sinceramente, en virtud de ese amor expulsaremos nuestras pasiones. Amarlo a Dios es preferirlo a El antes que al mundo, y al alma antes que a la carne. Esto se traduce en un desprecio de las cosas del mundo, en una continua atención a El, en el dominio de uno mismo, en la caridad, en la oración, en la salmodia, etc.

51. Si gracias a una constante atención a Dios vigilamos la parte del alma que está acechada por la pasión, no cederemos ante los ataques de los malos pensamientos. Por el contrario, al estar atentos para suprimir cuidadosamente las causas de éstos, nos hacemos más perspicaces, de modo que se cumplirá en nosotros estas palabras: "Mis ojos vigilarán a mis enemigos y mis oídos estarán atentos hacia los malos que se levantan contra mí" (S 91,12).
52. Cuando veas que tu espíritu permanece piadoso y justo frente a las representaciones del mundo, sabe también, que tu cuerpo permanecerá puro y sin pecado. Pero cuando veas que tu espíritu se detiene pensando en el pecado, sabe que tu cuerpo no tardará en caer en él.
53. Así como las cosas constituyen el mundo para el cuerpo, las representaciones son el mundo del espíritu. Y así, por ejemplo, como el cuerpo peca con el cuerpo de una mujer, así el espíritu peca con la representación de una mujer y la imagen de su propio cuerpo, pues en la imaginación ve la imagen de su cuerpo unido a la imagen de la mujer. Lo mismo ocurrirá cuando en imaginación, la imagen de su propio cuerpo rechaza la imagen del que lo ha ofendido. Y así sucede con todos los pecados, pues como actúa el cuerpo concretamente en el mundo de las realidades, así actúa el espíritu en el mundo de las ideas.
54. No tenemos que horrorizarnos, ni extrañarnos, ni admirarnos de que Dios Padre no juzgue a nadie sino que remita todo juicio a su Hijo. Por su parte el Hijo clama: "No juzguéis y no seréis juzgados" (Mt 7,1), "no condenéis y no seréis condenados" (Lc 6,37). E igualmente el Apóstol: "No juzguéis nada antes del tiempo" (1 Cor 4,5), y "cuando juzgas a otro te condenas a ti mismo" (Rom 2,1). Pero los hombres, sin preocuparse de llorar sus propios pecados, le quitan el juicio al Hijo, y como si no tuvieran pecado, se juzgan y condenan entre sí. Hasta el cielo se espanta de esto, hasta la tierra se horroriza, pero ellos insensibles no se avergüenzan.
55. El que se fija curiosamente en los pecados ajenos, o juzga a su hermano por una simple sospecha, todavía no ha echado el fundamento de su conversión, ni se ha esforzado por conocer sus propios pecados, en verdad, más pesados que el plomo. Ni siquiera sabe de dónde viene que el hombre tenga el corazón pesado, que ame la vanidad y que busque la mentira (cf. Zac 5,7; S. 4,3). Es como un loco que, vagando en la oscuridad, se despreocupa de sus pecados y piensa en los de los demás, ya sean estos reales o sólo sospechados por algún indicio.
56. El egoísmo, como lo he dicho muchas veces, es la causa de todos los pensamientos cargados de pasión. De él, en efecto, nacen los tres malos pensamientos capitales de la concupiscencia, a saber, la gula, la avaricia y la vanagloria. A su vez, de la gula nace la lujuria; de la avaricia, la ambición; y de la vanagloria, el orgullo. A estos tres le siguen todos los otros: la ira, la tristeza, el rencor, la acedia, la envidia, la distracción, etc. Estas pasiones atan el espíritu a las cosas materiales y lo fijan en la tierra, pesando sobre él como una mole de piedra; a pesar de tener él una naturaleza más leve y más sutil que el fuego.
57. El egoísmo es el principio de todas las pasiones, y su término es la soberbia.

El egoísmo es el amor desordenado hacia el cuerpo. Quien lo destruye, destruye todas las pasiones que nacen de él.

58. Como los padres sienten afecto por los cuerpos que han engendrado, el espíritu se inclina por su naturaleza hacia sus propios pensamientos. Y como los padres apasionados por sus hijos creen que ellos son hermosos y bien formados, aunque en realidad sean estos completamente deformes hasta ser ridículos, así, a un espíritu insensato le parecen sensatísimas sus ideas por absurdas que sean. El sabio, en cambio, no piensa así de sus ideas sino que, cuando cree que son verdaderas y excelentes, entonces más desconfía de su juicio, y somete sus propios pensamientos e ideas al juicio de otras personas sensatas, no sea que "corra o haya corrido en vano" (Gal 2,2). Y así recibe de ellos la confirmación.
59. Cuando vences las pasiones más vergonzosas como la gula, la lujuria, la ira o la ambición, al instante se echa sobre ti un pensamiento de vanagloria. Y si lo vences a éste llega el orgullo.
60. Cuando las pasiones vergonzosas dominan el alma, arrojan fuera el pensamiento de vanagloria, pero cuando son vencidas, lo dejan entrar.
61. La vanagloria, ya sea expulsada del alma o permaneciendo en ella, produce el orgullo. Bajo forma de presunción cuando es expulsado, y como jactancia, cuando permanece.
62. La vanagloria se suprime por un trabajo oculto. El orgullo, en cambio, atribuyendo las obras buenas a Dios.
63. Quien mereció alcanzar el conocimiento de Dios, y goza verdaderamente de este placer, desprecia los placeres que nacen de la concupiscencia.
64. El que desea cosas terrenas desea alimentos, placer sexual, gloria humana, riquezas, y todo lo que se sigue de estas cosas. Si su espíritu no encuentra nada mejor para orientar sus deseos, nunca se decidirá a despreciar estas cosas. Pero ¡Cuánto mejor es, sin comparación, el conocimiento de Dios y de las realidades divinas!
65. Los que desprecian los placeres lo hacen por temor, por esperanza, por conocimiento o por caridad hacia Dios.
66. El conocer las cosas divinas, si no está unido a una pasión, no lleva el espíritu al desprecio efectivo de las realidades materiales, sino que es semejante al conocimiento simple de lo material. Por eso se hallan muchas personas que tienen un gran conocimiento, y que, como puercos, se revuelcan en las pasiones de la carne. Se purificaron en parte, gracias a su diligencia, y alcanzaron algún conocimiento, pero luego lo descuidaron. Son como Saúl que primero fue digno de reinar, pero como gobernó luego indignamente fue rechazado por la terrible cólera divina.
67. Así como el simple pensamiento de las cosas humanas no fuerza al espíritu a que desprecie las cosas divinas, tampoco el simple conocimiento de las di-

vinas lleva al desprecio efectivo de las humanas, porque la verdad no aparece más que en sombras y figuras. Por eso es necesaria la bienaventurada pasión de la santa caridad para unir el espíritu a lo que contempla espiritualmente, y hacerlo preferir lo inmaterial a lo material, y lo espiritual y divino a lo sensible.

68. El que ha dominado completamente las pasiones y ha hecho simples sus pensamientos, no por eso se ha vuelto ya hacia las cosas divinas. Puede ser que no padezca ni las cosas humanas ni las divinas. Así sucede con los que son solamente activos, que todavía no merecieron obtener el conocimiento, pero que ya dominan sus pasiones por el temor al castigo o la esperanza del Reino.
69. "Por la fe caminamos, no por la visión" (2 Cor 5,7), y sólo conocemos como en un espejo o en enigmas. Por eso debemos esforzarnos mucho para conocer. Sólo tras largas meditaciones y consideraciones obtendremos el hábito firme de la contemplación.
70. Si eliminamos sólo imperfectamente las raíces de las pasiones y nos entregamos luego a la contemplación de las cosas espirituales, pero sin perseverar constante y esforzadamente, pronto nos volveremos de nuevo hacia las pasiones de la carne. No conseguiremos más fruto que el de un conocimiento simple mezclado de presunción. Al final, éste mismo se irá oscureciendo de a poco, y el espíritu se volverá enteramente hacia las cosas materiales.
71. Es una pasión de amor vituperable la que se inclina el espíritu hacia las cosas materiales. Es una pasión laudable, la que lo adhiere a las cosas divinas. Habitualmente el espíritu se dilata en aquello que se detiene; y hacia aquello que lo dilata se dirige su deseo y su amor, ya sea hacia las realidades divinas, propias y espirituales, ya sea hacia las cosas y pasiones de la carne.
72. Dios ha creado el mundo invisible y el visible, y también, evidentemente, hizo el alma y el cuerpo. Y si el mundo visible es tan hermoso ¿cómo será el invisible? Y si es superior a aquél ¿cuánto más excelente será Dios que los hizo a los dos? Puesto que el que hizo todas las cosas hermosas es superior a todas las creaturas ¿por qué razón, entonces, el espíritu deja lo mejor para adherirse a lo peor, o sea a las pasiones y a la carne ¿no es acaso porque desde el nacimiento está como orientado hacia ellas, habituado a ellas, y que no ha tenido jamás una experiencia verdadera del que es más que todo, del que es superior a todas las cosas? Ejercitemos, pues, largamente al espíritu en la abstinencia de los placeres y en ocuparse de las cosas divinas, y al apartarse poco a poco de su modo de ser lo veremos entregarse lentamente a las cosas divinas, y reconocer su verdadera dignidad. Y al fin, todo su deseo se volverá hacia lo divino.
73. Uno puede contar sin pasión el pecado de un hermano por dos razones: para corregirlo o para utilidad de otro. Decirlo fuera de estos dos casos, ya sea al interesado, ya sea a otro, es injurarlo o herirlo, y no se puede evitar que Dios lo abandone a uno. Caeríamos en la misma falta o en otra, y nos cubrirían de vergüenza los reproches e injurias de los demás.
74. Varios son los modos de cometer los pecados de obra, y no uno solo: Por

ejemplo, es distinto pecar por hábitos que pecar por sorpresa. En el último caso, no hubo plena advertencia antes de la falta, ni aprobación posterior, sino que se lamenta vivamente lo sucedido. Pero en el pecado de hábito, al contrario, antes del acto no se cesa de pecar con el pensamiento, y luego de cometido se mantiene una idéntica disposición interior.

75. Quien busca la virtud por vanagloria, es claro que también busca por vanagloria el conocimiento. Ese tal no hace ni dice nada que edifique claramente, sino que en todo trata de recibir gloria de los que lo ven o lo escuchan. Su pasión se pone de manifiesto cuando alguno de los que lo oyen critican sus obras o sus palabras. Entonces se entristece mucho, no por no haberlos edificado (no era éste su objetivo), sino por haber sido despreciado.
76. La pasión de la avaricia consiste en esto, en que se recibe con alegría y se da con pena. El que siente así no puede ser un dispensador.
77. Por estas causas se sufre con paciencia; por amor de Dios, por la esperanza de la retribución, por temor al castigo, por respeto humano, por temperamento, por un placer, por una ganancia, por vanagloria, o por necesidad.
78. Una cosa es estar libre de pensamientos, y otra es estar libre de pasiones. Frecuentemente puede uno estar libre de pensamientos porque no están presentes los objetos que lo apasionan. Pero las pasiones están ocultas en el alma, y se despiertan en cuanto reaparecen. Por eso hay que vigilar el espíritu cuando está en presencia de los objetos para saber hacia qué lo inclina la pasión.
79. Es un amigo sincero aquel que en el tiempo de la prueba sobrelleva sin turbarse ni agitarse, junto a su prójimo, las aflicciones, las dificultades y las desgracias que le traen las circunstancias a éste último, como si fueran propias.
80. No desprecies tu conciencia que te aconseja siempre lo mejor. Ella te sugiere consejos divinos y angélicos, te libra de las manchas ocultas de tu corazón, y te da confianza en Dios a la hora de la partida.
81. Si quieres alcanzar el conocimiento y permanecer modesto, y no ser esclavizado por la pasión de la presunción; mira siempre en las cosas aquello que está oculto a tu conocimiento. Cuando descubras cuántas y cuán diversas cosas se te ocultan, te admirarás de tu ignorancia y se reducirá tu ambición. Conociéndote a ti mismo, conocerás muchas cosas grandes y admirables. Al que cree saber, efectivamente, le falta lo que necesita para progresar en el saber.
82. Aquel que quiere seriamente ser salvo, no rechaza los remedios del médico. Estos son los diversos sufrimientos y tristezas que traen sucesivamente las circunstancias. Aquel que los rechaza no sabe qué se realiza por ellos, ni qué ventajas sacará de ellos a la hora de la muerte.
83. La vanagloria y la avaricia se engendran mutuamente una a otra. Los vanidosos acumulan dinero, y los que tienen dinero son vanidosos. Todo esto sucede

en el mundo. El monje, en cambio, como no tiene nada, es atraído preferentemente por la vanagloria. Y si llega a tener dinero lo esconde, porque tiene vergüenza de poseer algo que no condice con su género de vida.

84. Lo propio de la vanagloria del monje consiste en envanecerse de su virtud y de lo que a ella se refiere. Lo propio de su orgullo consiste en exaltarse por sus obras buenas y despreciar a los demás, y atribuirse estas obras a él mismo y no a Dios. Lo propio de la vanagloria y soberbia del mundano consiste en envanecerse por la belleza, el dinero, el poder o la inteligencia.
85. Lo que son cosas buenas para el mundano, es detrimento para el monje, y lo que es bueno para el monje es detrimento para el mundano. Así la riqueza, la fama, el poder, la influencia, el placer, la salud, la prole numerosa y todo lo que se sigue de todo esto, son cosas buenas para el mundano. Pero si el monje se arrima a ellas está perdido. En cambio son cosas buenas para el monje la pobreza, la ignominia, la falta de poder, la abstinencia, la mortificación, y lo que las acompaña. Cuando alguien que ama el mundo se aproxima a ellos sufre una gran adversidad, y hasta hay peligro a menudo de que se cuelgue, como algunos lo han hecho.
86. Las cosas que comemos han sido creadas con un doble fin, el de alimentarnos y el de servirnos de remedio. Tomarlas por otro motivo es abusar de lo que Dios nos dio para nuestro uso y condenarse por voluptuoso. En todas las cosas, el pecado consiste en un abuso.
87. La humildad es una oración continua con lágrimas y esfuerzo. Clama a Dios siempre pidiendo auxilio, y no permite que confiemos totalmente en las propias fuerzas ni que nos estimemos más que los otros, cosas que suceden en la grave enfermedad de la pasión de la soberbia.
88. Una cosa es luchar contra los pensamientos simples para que no despierten la pasión, y otra contra los pensamientos cargados de pasión para no consentir en ellos. Pero en ambos casos no hay que permitir que los pensamientos se demoren en nosotros.
89. La tristeza y el rencor van juntos. Si el espíritu siente tristeza al representarse el rostro de un hermano, es evidente que guarda rencor contra él. "Los caminos de los rencorosos llevan a la muerte" (Prov 12,28) porque "todo hombre rencoroso es injusto" (Prov 21,24).
90. Si guardas rencor contra alguien ora por él y así alejarás el movimiento de la pasión. La oración aparta la amargura que te causa el recuerdo del mal que te han hecho. Luego, vuelto a la caridad y al amor del prójimo, eliminarás completamente del alma todo rastro de pasión. Si es el otro el que tiene rencor contra ti, sé amable y humilde con él, trátalo bien, y lo librarás de su pasión.
91. Trabajo te costará calmar la amargura del envidioso, pues él considera su mal aquello que envidia en ti, y no puedes hacer otra cosa para calmarlo sino ocultarlo. Pero si lo que lo amarga es útil para muchos ¿qué partido tomas? Ciertamente lo que sea útil a la mayoría, pero sin despreocuparse de aquél en cuanto puedas, tratando de que no te rechace la maldad de su pasión, porque quie-

res ayudar, no a la pasión sino a la persona que sufre la pasión. A fuerza de humildad míralo como superior a ti mismo, y dale la preferencia en todo tiempo, lugar y asunto. En cuanto a tu propia envidia, la puedes calmar si te alegras con la alegría de los que envidias y te afliges con su sufrimiento, para cumplir las palabras del Apóstol: "Alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran" (Rom 12,15).

92. Nuestro espíritu está como entre dos fuerzas que actúan cada una a su manera: la virtud y el vicio, esto es, un ángel o un demonio. El espíritu tiene la facultad de seguir o de resistir al que quiera.
93. Los ángeles buenos nos impulsan al bien; a su vez la raíz profunda de la naturaleza y la buena voluntad nos ayudan. Los ataques del demonio, por su parte, son secundados por las pasiones y por la mala voluntad.
94. A veces es Dios mismo quien visita al espíritu purificado y lo enseña. A veces son los ángeles los que le inspiran el bien. A veces es la naturaleza de las cosas contempladas la que lo hace.
95. El espíritu que ha sido juzgado digno del conocimiento debe guardar las representaciones de las cosas sin turbación. Pero no puede siempre preservarlas de los movimientos que surgen de la carne cuando arrecea el ataque de los demonios.
96. No todas las cosas que nos entristecen también nos irritan. Mucho más son las cosas que nos entristecen sin irritarnos, como cuando se rompe esto o se destruye aquello, o cuando muere alguien. Estos hechos nos entristecen solamente. En los otros casos nos entristecemos y nos irritamos juntamente, cuando no sabemos conducirnos como filósofos.
97. Cuando el espíritu recibe las representaciones de las cosas, toma naturalmente la figura de cada representación. Cuando las contempla espiritualmente toma la forma de las diversas cosas que contempla. Pero cuando está en Dios se vuelve sin forma ni figura, pues viendo a Aquel que tiene una única forma, se hace uniforme y luminoso.
98. El alma es perfecta cuando el poder de su pasible está vuelto completamente hacia Dios.
99. El espíritu es perfecto cuando gracias a una fe verdadera super-conoce al super-incognoscible con una super-ignorancia, cuando contempla en todo lo creado lo universal; cuando movido por el juicio y la Providencia, recibe de Dios el conocimiento universal, en cuanto esto le es posible a un hombre.
100. El tiempo se divide en tres períodos. La fe se extiende a los tres, la esperanza a uno y la caridad a dos. La fe y la esperanza no duran más que hasta un determinado momento, pero la caridad permanece por los siglos infinitos, super-unida al super-infinito, y siempre super-creciendo. Por eso "la más grande de las tres es la caridad" (1 Cor 13,13).

*Traducción: P. Pablo Sáenz, OSB
Monasterio de San Benito
Luján - Argentina*